

# MANO

# CARLOS GARDEL

Por PEDRO M. MAZZINO

# ABIERTA



DIBUJOS DE FALUGI

11-273



"Lo que hace falta es empacar mucha moneda, vender el alma, rifar el corazón, tirar la poca decencia que te queda. ¡Plata, mucha plata y plata otra vez!"



La sesión en la grabadora había sido agotadora. Recibió el pago semanal, saludó a los guitarristas y se calzó el saco. Afuera lo esperaba la tibieza del amanecer y un ofrecimiento.

¿Lo llevo en el auto hasta su casa, señor Gardel?



Gracias, pero prefiero caminar un poco. El ejercicio le hace bien a las tabas.

Como quiera. Adiós.



Le gustaba el sabor de las mañanitas porteñas. Las había padecido, cuando en sus días de mocetón pobre saltaba de la cama al despuntar el alba para ir a ganarse la vida. Ahora las cosas comenzaban a cambiar.

(La ironía de ese tango, ¿la entenderá la gente?)



"Así es posible que morfés todos los días,/ tengas amigos, casa, nombre y lo que quieras vos./ El verdadero amor se ahogó en la sopa,/ la panza es reina y el dinero es Dios..." Tarareaba entre dientes...



... por esa Corrientes que olía a barrio, lejos de las luces del centro, ya apagadas. Llegó al Abasto. Un par de cuadras más y doblaría por Jean Jaurés hacia su casa.

Por dos centavos se los dejo nuevitos.





Se miró los zapatos. ¿Para qué necesitan brillo a esa hora? Iban a quedar a un lado de su cama, hasta mañana. Pero también miró al chico. El mismo había sido así, una vez.



¿Desde cuándo hacés esto?

Hace una semana que empecé. Pero ya aprendí bien, quédese tranquilo.



Se pudo callar y mirar para otro lado. De la miseria estaba hart. Pero quiso saber más.

¿Y antes qué hacías?

De tarde iba a la escuela, pero de mañana ayudaba a mi viejo. El tenía un puesto de...



¿Cómo sigue don Chicho, Juancito?



El chico titubeó. Cuando contestó su voz temblaba, como si confesara una culpa.

Mejora. Pero no le diga que me vio si va a visitarlo.



¿Acaso tu viejo no sabe que vos...?

Claro que no lo sabe. Se enojaría. Sería capaz de esconderme el cajón y entonces...



... ya no podría ayudarlo.

Comprendo, pibe.



No dijo nada más. Simplemente se hizo cargo del gesto heroico de ese mocoso de alpargatas deshilachadas y coraje de hombre. Pero se acordó de don Chicho, frutero del Abasto que en los días de mala le fiaba a doña Berta, su madre.

Un gran tipo, tu viejo.

¿Lo conoce?





Soy un antiguo deudor de él. Ahora entiendo porqué no lo encontré, cuando fui a buscarlo al mercado.



El doctor le prohibió dejar la cama. Y los remedios son caros.

El chico pasó la última mano de franela. Un espejo el charol negro. Gardel sacó el pie del cajón. Y la billetera.



Tomá.

¿Cien? ¿De dónde saco el cambio?

Es el pago de la deuda que tengo con tu viejo. Llévase los.



Pero...

¿Quién le digo que le pagó? No me dijo su nombre, señor.

Él sabrá, pibe. Él sabrá.



Se alejó sin palabras. Apenas prestó atención al ruido de las alpargatas del chico, que corría rumbo a casa, con el 'vento' providencial y salvador. Así era. Así fue siempre.

Por eso la ciudad sintió que ese mozo de sonrisa grande y mano generosa, era su arquetipo y el mensajero de su nobleza. Algunos hicieron hincapié en sus defectos, para desmitificarlo. Vano intento.



Carta para vos, Pepe. De París.

De Carlos Gardel perduraría lo otro: su voz incomparable y su mano siempre abierta. La que no dejó en la 'estacada' a Razzano, 'El Oriental' del famoso dúo, cuando éste dejó de cantar.



"Estoy aquí, embobando a los franchutes, según dicen. A trece mil francos por noche, Pepe. Sí, leíste bien. ¡Y pensar que nos parecieron una fortuna aquellos setenta que nos daban en el Armenonville...!"





"Quiero que te encargués de administrar el dinero que nos den por los discos que grabamos juntos y los que hice solo. Además de los giros que yo vaya enviando. Yo sé que están en buenas manos..."



Agrega que el primer giro es para mis gastos personales. Sabe que ando en la mala y me tira una sogá.



Carlitos es tipo derecho, Pepe.

¿Qué te contesta Razzano?

No se cansa de darme las gracias, por la 'gauchada'. ¡Como si no fuese obligación de amigo lo que hice!



Minimizaba su gesto. Eran los días de gloria, vino y rosas. Después de su exitoso debut del 2 de octubre de 1928, en el 'Florida', París lo hacía su ídolo.



Una noche, al terminar su actuación, alguien lo interceptó camino al camerín.

Monsieur Gardel... vengo a formularle una invitación.

Si es para alguna 'farra' pierde el tiempo.



Tengo mi agenda ocupada de aquí al año dos mil.

Es otra cosa. Un festival benéfico.



El hombre le entregó el papel. Gardel leyó: 'Le bal des petits lits blancs'.

Lo organiza el Patronato de la Infancia para los pibes huérfanos. ¡Cuenten conmigo!

Antes querría aclararle que... no habrá honorarios para los artistas que intervengan.



¿Si así no fuese que clase de festival benéfico sería? Su aclaración sobra. ¡Allí estaré, para lo que sea!



Merci, monsieur.



Fue en el 'Théâtre de l'Opera'. Las luminarias de Francia y del mundo entero estaban allí. El primer coliseo de París recibió los ecos de los interminables aplausos que le brindaron a los tangos que cantó en francés.



Todo el mundo quiere fotografiarlo y pedirle un autógrafo.



Es el precio irremediable de este oficio.

Para mí aquí, Carlos.



La mano se alargó por encima de las otras, todas femeninas. Ese duende del Zorzal ejercía su influjo sobre las mujeres de cualquier condición. Sólo cuando oyó la voz buscó a la dueña de esa mano.

Ese acento es argentino. ¿Me equivoco, mademoiselle?

Seguro que no. Ahora mirame la cara y hace memoria.



Le costó reconocerla. Tuvo que agregarle brillo a esos ojos, alegría a la sonrisa que ella se esforzaba por mostrarle. Por fin arriesgó el nombre.

¡Ninette!



Alejémonos de aquí. Me gustaría hablar con vos. Hay un café aquí a la vuelta.



Recordá que te esperan, Carlitos.

¡No tardo!



Ella pidió café, él coñac Napoleón. Se miraron largamente, en silencio. Un soplo de Buenos Aires, de aquel tiempo en el que todavía era 'El Morocho'. Ella habló primero.

Te dije que ibas a alcanzar la gloria, cuando era...

La rubia que me trajo suerte cuando debuté en el 'Armenonville'.





La chica a quien madame Jeanne bautizó Ninette, cuando mi verdadero nombre era Chola. Confesá que me habías olvidado.

No digas macanas. Siempre tuviste un lugarcito en mi recuerdo.



Sólo que...

Decílo, Carlos; sólo que ya no parezco la misma. Y es verdad.



La letra del tango surge inexorable: "... Has cambiado, ya no eres tan coqueta cual las flores primorosas de un altar..." Gardel no se animaba a las preguntas. "¿Qué te pasa, desengaños que has sufrido...?" Él había sido acaso el primero de esos desengaños.

No te guardo rencor. Fuiste sincero conmigo.



No querías ninguna amarra y me dijiste chau. Me resigné. Eras un pájaro y te gustaba volar, sin trabas.



¿Por qué dejaste la casa de madame Jeanne, en la calle Viamonte?

¿No lo ves? Para venirme a París.



¿Sola?



La mirada de Ninette se hizo patética.

¡Avisá! Ninguna mujer de mi clase se larga sola a París. Hubo un hombre. Siempre hay un hombre. Dame fuego.



Me ofreció el oro y el moro. El contrato como bailarina en una sala de revistas. ¡Y yo me lo creí!





El tango volvía con su letra implacable. "Las espinas de una rosa te han herido o el amor que un ingrato te ha fingido..."



¿Dónde está él ahora?

¡Dios lo sabe! Cuando se cansó de mí se voló.

Pero no como vos, Carlos. Vos nunca me habías prometido nada. Siempre fuiste por derecha conmigo. Él era... otra cosa. ¡Un bas tardo!



Pero no hay mal que por bien no venga.

Gardel comprendía. Era el momento de ofrecer consuelo y no sabía cómo. Sentía lástima por ese gorrión lastimado y solitario. Y ella se dio cuenta. Borró la sombra de sus ojos y ensayó una sonrisa.



Tuve que patearla, pero por fin conseguí lo que necesitaba. Mañana voy a rendir una prueba en una sala de Montmartre; 'Paradise'.



No es mal sitio, después de todo. Pagan bien, si una vale. ¡Y voy a demostrarles que valgo!



Y ahora andá, te están esperando tus amigos. Me alegró verte triunfador, Carlos. A lo mejor me devolvés la suerte que una vez llevé a tu vida.



¡Au'voir!



La vio alejarse. El abrigo había conocido días mejores. Los zapatos parecían cansados. Estuvo a punto de llamarla, pero le hubiese lastimado el orgullo.

(Ninette, Chola... tengo que hacer algo por vos.)







Depende de qué lado se lo mire. En el escenario chicas de buena figura que buscan su oportunidad. En la trastienda...



En la trastienda otras chicas menos afortunadas que deben sonreír para ganarse el mango. ¿Soy claro?



¿Cuál es su nombre, mademoiselle?

Ninette, monsieur.



Ella sólo escuchaba la voz del hombre. En vano trataba de ubicarlo en la platea desierta. Los focos la encandilaban. Rendía la prueba para un juzgador misterioso.



El piano arrancó con una melodía rabiosa. Ninette comenzó a mover las bien torneadas piernas, todo lo mejor que sabía. Y sabía muy poco.







Y bien, monsieur, ¿para qué lado la manda?



¿Quién diablos...? ¿Monsieur Gardel!

¡Shhh! ¡No espante al avispero! Mejor hablamos en su oficina.

Todo París lo conocía. El dueño del local aceptó la sugerencia.

¿Y bien, amigo? Ya vio las dotes de Ninette. ¿Al escenario o a la trastienda?

Verá... es una hermosa muchacha, aunque un poco flaca. Necesita experiencia como bailarina. Yo la enviaría a...

Lo que necesita es comer todos los días y un poco de paciencia. Póngala en el escenario y le aseguro que será buena.

Si usted me lo pide, monsieur... Quiere ganarse sus favores, ¿verdad?

¡No sea idiota! Es una amiga en el mejor sentido de la palabra.

Comprendo. Pero no podré pagarle como a las otras. Yo...

Eso corre por mi cuenta. ¿Alcanza esto para el primer mes?

¡Seguro! Esa Ninette se pondrá muy feliz cuando sepa que usted...

¡Ella no debe saberlo! No estuve por aquí, usted no me conoce. ¿D' accord?

Por las dudas, Gardel se dejó caer algunas noches por el 'Paradise'. Sumido en el anonimato de la platea, observaba el espectáculo y a Ninette.

(El tipo cumple su palabra. Y ella baila cada día mejor. Pero el mes termina pronto.)



Y él debía viajar a Buenos Aires. Deseaba poner a cubierto el porvenir de Ninette. La oportunidad se le presentó en el hipódromo de 'Longchamps'.

¿Y ese chichipío quién es?

El coreógrafo del 'Moulin Rouge'.



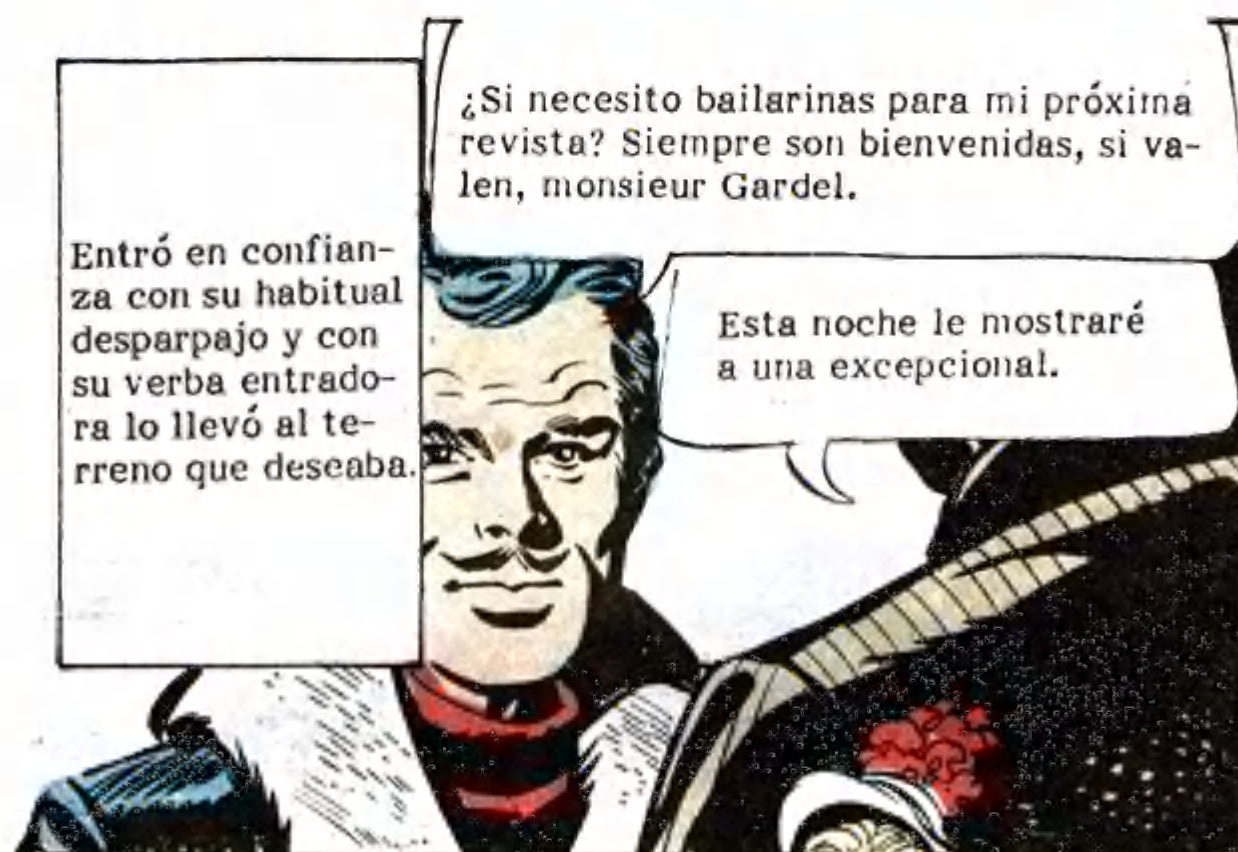
¡Me cae como anillo al dedo! ¡Presentámelo!



Entró en confianza con su habitual desparpajo y con su verba entradora lo llevó al terreno que deseaba.

¿Si necesito bailarinas para mi próxima revista? Siempre son bienvenidas, si valen, monsieur Gardel.

Esta noche le mostraré a una excepcional.



¿Trabaja aquí? No creo que hable usted en serio.

Espere a verla, mon ami, no se apresure.



Sí, es bella. Sus piernas son casi perfectas, pero las mueve a destiempo.

Es la orquesta que desafina. Si un maestro como usted le pule los defectos, causará sensación. ¡Ánime-se y ofrézcale una oportunidad!



Gardel terminaba de actuar en el 'Empire' cuando recibió la llamada.

¡Ninette! Me das un alegrón, muchacha. ¿Qué es de tu vida?



El alegrón se te va a transformar en asombro, Carlos. Agarráte que te doy la noticia: ¡Debuto mañana en el 'Moulin Rouge'! Tercera fila de coristas, pero para mí es la gloria. ¿Vas a venir?





Fue. Desde la mesa vio a otra Ninette, llena de esperanzas, vital y renovada.



De aquí a la fama hay sólo un par de pasos, como me dijiste una vez.

Yo sabía que encontrarte me traería suerte. Fue como si la mano del destino se acordara de mí.



Ninette nunca supo que esa mano fue la del gran Carlos. La acompañó hasta la puerta del hotel, compartiéndole esa felicidad que volvía a ponerle brillo en los ojos.

¿No vas a subir? Me gustaría que esta noche fuese totalmente perfecta.



Está bien. Me resigno. Nunca se puede tenerlo todo.

De buena gana lo haría, pero... mañana debo madrugar para grabar. Vos sabés cómo son estos empresarios franchutes.



A'voir, Carlos. O chau, como nos dijimos la última vez, en Buenos Aires.



Le endulzó la boca ese beso con sabor a lágrimas. La vio desaparecer por la puerta del hotel. Se alejó solo, al paso lerd. Hacía frío en París y una muchacha había comenzado a realizar su sueño. Pero el otro, el que para ella se llamaba Carlos, quedaba trunco.

(Sí, Chola, nunca se tiene todo.)



Así era él. Mano abierta para dar y boca cerrada para que no se supiera. La letra del tango acompañó el eco de su andar, patética y fatal: "Mas la vida tiene abismos insondables, Hay caminos del destino intrasitables, hay recuerdos de amor inolvidables/ y hay vacíos imposibles de llenar."

ALFREDO FALUGA



Woodluna

FIN